

La revista académica

Por *Fernando* CURIEL*

La pobreza y la ignorancia son nuestros peores enemigos, y a nosotros nos toca resolver el problema de la ignorancia.

José Vasconcelos, 1920

Prólogo

NO SERÉ EL PRIMERO, ni el último, en hablar de artefactos culturales —utensilios simbólicos.

Artefacto cultural, complejísimo sin duda, de una dimensión que habría que explorar de nueva cuenta es, por ejemplo, la nación; o la ciudad. También, aunque de menor entidad, la novela... o la revista. Tozudo soy, empero, en la afirmación de que el *quid* radica en la trama de contenido y propósito. De la correspondencia entre ambos depende el exitoso funcionamiento de la máquina —y, como toda máquina, susceptible de descompostura, mantenimiento, obligado reemplazo, caducidad. Artefactos culturales hay que chirrían por sus cuatro costados.

Definiciones

SOBRE la revista, nuestro asunto, cualquier *lexicón* recoge similares y sólo aparentemente inconexas acepciones. En primer término, la de publicación de periodicidad regular y ocupada en materias varias o una específica, con clara adicción al componente gráfico (diseño, diagramación, viñeta, dibujo, fotografía, caricatura; voracidad que en algunos casos se desborda a los márgenes de la caja, en suma, a todo espacio disponible: franco “graffitismo” que alcanza altos registros en las revistas de la vanguardia). En segundo, la de espectáculo teatral que mezcla diálogos y música, palabras y “letras”. En tercero, la de examen o análisis detenido de un asunto. Y por último, la de inspección que un superior hace de materiales o personas.

* Investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas y director de Divulgación de las Humanidades y de las Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <curielf@servidor.unam.mx>. Texto leído en el encuentro Revista de revistas del Subsistema Humanidades organizado por la Coordinación de Humanidades de la UNAM, 27 de agosto del 2008.

Lo que aquí nos interesa atañe a la revista-publicación y a la revista-examen, acepciones una y tres. Únicamente subrayo su vocación rabiosamente pública. En relación con Kart Strehlow, pastor en la misión luterana de Hermannsburg, Australia, y estudioso y difusor de la cultura aborigen, escribe Bruce Chatway que se trata de un pensador original y califica sus libros de “formidables y solitarios”. Pues bien: el de la revista es un campo antípoda. Obra colectiva que se quiere, además de original, diálogo público. Nada de retraimientos, reservas, solipsismos.

Repaso (sub)genérico

UN simple vistazo al pasado (me refiero a las revistas mexicanas de difusión extramuros) apareja una amplia paleta. Revistas de interés general ligadas a una empresa periodística (*El Universal Ilustrado*, *Revista de Revistas*); revistas de propaganda y combate filosófico (*Revista Positiva*); revistas autoproclamadas literarias (*El Renacimiento*, *Revista Azul*, las dos “modernas”, *Contemporáneos*, *Irradiador*, *Monterrey*); revistas de artes (*Forma*, *Mexican Folkways*); revistas del exilio español (*Romance*, *Ultramar*); revistas de vocación CONTINENTAL (*Cuadernos Americanos*); revistas de análisis social y/o crítica política (1945, 1946, *Política*) etcétera.¹

¿Mantiénesse hoy por hoy esta riqueza revistera? ¿Y qué lugar guarda la revista académica?

Veamos.

Más de cerca

NADA exagero (ni tampoco aquí inauguro) al afirmar que el de las revistas mexicanas, las del siglo de la explosión del periodismo industrial, el XIX, y las de su edad de oro, el XX, es estudio todavía en agraz, por hacerse hasta sus extremos metodológicos y conceptuales últimos. Extremos estos, por fuerza, intra y transdisciplinarios, por fuerza equiperos. Sirva un caso: a la *Revista Mexicana de Literatura*, la de su primera época sobre todo, la marcan textos que puján por el cosmopolitismo pero, al parejo, signos de una crisis ideológica y social profunda que sus páginas alumbran, vislumbran. Su estudio reclama el múltiple asedio disciplinario.

¹ Véase Fernando Curiel Defossé, Carlos Ramírez y Antonio Sierra, *Índice de las revistas culturales del siglo XX (Ciudad de México)*, México, UNAM/Siglo XXI, 2007.

Aclaro. No que carezcamos de enfoques particulares de valía, reflexiones teóricas, índices, ediciones facsimilares —larga es, por cierto, la lista de contribuciones de nuestra máxima Casa de Estudios; de lo que hablo es de la inconstancia del análisis integral del fenómeno bajo dos mínimos supuestos. A saber: *a)* el del sistema intelectual, sustrato de las revistas; y *b)* el de las interconexiones del sistema intelectual con otros, el educativo y el social de modo señalado.

Algunos acercamientos

No pocos han intentado asir las notas de tan dúctil artilugio impreso.

Para José Luis Martínez la revista literaria es pulso vivo, puntual registro de curiosidades, preferencias, progresos y decadencias.²

Para John King, ocupado en *Sur*, la revista es historia y texto, proceso que, no sin contradicciones, se desarrolla en un determinado marco político y cultural.³

Para Liliana Weinberg, en el “contexto” de la *Revista Moderna de México*, la revista es un todo cuya significación sobrepuja la de las colaboraciones individuales; amén de que es posible encontrar “líneas, temas, preferencias” entre los colaboradores, los autores comentados y los lectores.⁴

Para Jorge Schwartz y Roxana Pariño, en el marco de las revistas culturales latinoamericanas del siglo xx, éstas no ocupan un lugar secundario sino capital en el conjunto de las letras del continente; no uno sino varios y contradictorios son sus sentidos; y dan cabida por eso mismo a materiales estéticos e ideológicos.⁵

Por último, para Beatriz Sarlo, entrevistada en México por la revista mensual de *Humanidades y Ciencias Sociales*, una auténtica revista cultural y/o literaria se caracteriza por tres ingredientes mínimos: la difusión de nuevas textualidades, la configuración de bancos de pruebas de ideas y propuestas estéticas; y el cruzamiento de posiciones

² José Luis Martínez, *Literatura mexicana: siglo xx (1910-1949)*, México, Conaculta, 2001, p. 99.

³ John King, *Sur: estudio de la revista literaria argentina y de su papel en el desarrollo de una cultura, 1931-1970*, México, FCE, 1988, p. 12.

⁴ Liliana Weinberg de Magis, “Hispanoamérica: la confederación del arte”, en *Revista Moderna de México (1903-1911)*, Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, coord. e introd., México, UNAM, 2002, tomo II, pp. 199-200.

⁵ Jorge Schwartz y Roxana Patiño, “Revistas literarias/culturales latinoamericanas del siglo xx”, *Revista Iberoamericana* (III), vol. LXX (julio-diciembre del 2004), pp. 647-650.

polémicas.⁶ Amén de que su geografía intelectual es doble: la real en la que circula y la imaginaria que estimula; y de que en verdad trasciende cuando amplía y desborda lo que rige en el mercado de bienes simbólicos.

Al grano

PERO, ¿y la revista académica? ¿Existe tal especie? ¿Dónde se origina y por qué? ¿Se define en términos semejantes a las culturales y literarias? ¿Encierra experiencias y emociones de grupo semejantes a las de otras revistas? ¿Guarda una nítida distancia con, o es contaminada por los demás afanes revisteros? ¿Innova, abre lo que está cerrado?

Veamos.

A diferencia de las culturales y literarias (dejo fuera por ahora a las de interés general), órganos de expresión y manifiesto tácito o implícito de generaciones (en otro sitio explico las sutiles pero reales diferencias entre generaciones típicas y atípicas, constelaciones y grupos de coyuntura); decía que a diferencia de las culturales y literarias, fruto de iniciativas de la (digamos) “sociedad civil intelectual”, las académicas, por lo general, nacen y se desarrollan en medios institucionales de educación superior —lo que no obsta que tales “medios institucionales” patrocinen también revistas culturales y literarias: *Universidad de México, Diálogos, Casa del Tiempo, Revuelta*. Lo cierto es que la docencia y la investigación, pero sobre todo la última, determinan la naturaleza de la revista académica.

Ahora bien: a fe mía, fuera de lo anterior, y al tenor de las acepciones de publicación periódica y análisis, a toda revista (cultural, literaria, académica) la animan y desvelan idénticos fines: *a*) la instauración de un espacio de lectura; *b*) el estado del arte y la producción conceptual y bibliográfica más reciente; *c*) la orientación crítica y, por ende, la disposición al debate; y *d*) la velada o franca *propaganda fide* —un credo estético, un paradigma humanista o científico, una doctrina social.

Y aquí no cesan, colegas, las semejanzas y correspondencias.

En primer término, unas y otras revistas expresan las tensiones hacia adentro (dirección, redacción, consejo editorial, dictaminaciones) y hacia fuera (lectores, pares, críticos, detractores). En segundo, unas y otras juegan la baza decisiva: la corrección y donaire del lenguaje escrito —o su innovación y herejía, por qué no.

⁶ Entrevista a Beatriz Sarlo, “Las revistas literarias y culturales son bancos de pruebas, de ideas y de propuestas estéticas”, *Humanidades y Ciencias Sociales* (Coordinación de Humanidades, UNAM), año II, núm. 11 (mayo de 2006), pp. 12-15.

Por último, la revista académica, al igual que la cultural y la literaria, ofrece una incesante muestra de textos, temas, tendencias, elencos y, consecuentemente, de omisiones y exclusiones —derivadas, estas últimas, no sólo de las limitaciones materiales y de la periodicidad. Siempre se elige, siempre se selecciona, siempre se elimina —quedando abierta la agilidad dialéctica de la reposición, la recuperación, la enmienda.

Crisis y futuro compartidos

TRÁTESE de la revista ambiciosamente cultural, trátese de la acremente literaria, trátese de la especializada en disciplinas del saber, a la común condición de género impreso de ciertas características se añade la alteración resultante de la edición y escritura electrónicas. ¡Y qué esperanza que sólo habláramos de los “archivos” (discos) que terminaron por sustituir a los “originales” (hojas de papel) que alimentaban el proceso editorial! La crisis y el futuro se tejen con la amenaza de plena sustitución del soporte y de modificaciones consustanciales.

En reciente número de la *Gaceta UNAM*, afirma Roger Chartier que la “revolución digital”, al dejar atrás la imprenta en su forma tipográfica, al ignorar la unidad y la materialidad, impone una verdadera mutación “de la modalidad técnica de la reproducción de lo escrito, de la percepción de las entidades textuales y de las estructuras y formas más fundamentales de los soportes de la cultura gráfica”.⁷ Recuento en su nombre: versión digital, página WEB, e-mail, CD, *blog* y lo que esté por inventarse.

¡Dioses!

¿Ha tocado en efecto a su fin la Galaxia Gutenberg que empolló lo impreso moderno? ¿Se ensanchan los avernos, los pudrideros, los sepulcros de libros y revistas? Interrogante, asúmolo, complejísimo, axial, vivo.

Adelanto sin embargo, para concluir, una certeza. Independientemente de las adecuaciones (y aun mutaciones) tecnológicas, de otra suerte inescapables, a la revista académica se le abre un vasto campo de justificación y autoridad. La ignorancia, ese enemigo letal entrevisto por Vasconcelos, va ganando la batalla. Campaña masiva, aviesa, en todas direcciones —tanto que podemos hablar de baja y alta ignorancia. En contrapartida, nunca como ahora cobra sentido la propalación y debate públicos de las humanidades y las ciencias sociales, en particular las que nombran y descifran la intrincada realidad nacional. Labor, impresa o digital, o impresa y digital, de franco contragolpe.

⁷ Laura Romero, “El libro, tal y como se conoce, no morirá”, *Gaceta UNAM* (México), núm. 4088 (4-VIII-2008), p. 14.